

GUNA
Propuesta
DESCARADA

Hilda Rojas Correa

Tú no me conoces todavía bien, mi amor. Tú ignoras la profundidad de mi vínculo contigo. Dame tiempo, dámelo, para hacerte un poco feliz. Tenme paciencia, espera a ver y a oír lo que tú eres para mí.

Carta de Gabriela Mistral a Doris Dana





UNO



«Que me parta un carruaje»



Londres, sábado 9 de marzo de 1816.

La elección de un esposo era un privilegio que una dama rara vez podía ostentar. Sin embargo, si su mente es aguda y posee un espíritu indomable, podrá torcerle la mano al destino...

Al menos, eso era lo que quería creer Althea cada vez que su madre la presionaba hasta el colapso mental. Esa noche no era diferente.

—Debes ser discreta y recatada cuando lord Durrington se dirija a ti, Althea —instruía Abigail, condesa de Tisbury. Su tono era duro, demandante, al borde de la desesperación—. Y, por favor, no finjas que te has torcido el tobillo o que estás mareada cuando te pida un baile.

Althea miraba subrepticamente a su alrededor, buscando algún oído indiscreto. Se sentía observada en ese sitio, y no solo por su progenitora. Abigail no había encontrado un mejor lugar para discutir con ella que la enorme terraza de Silverstone Hall, en pleno baile.

Sus intentos por desanimar a lord Durrington pretendían ser sutiles, pero su madre ya los conocía todos. La última gota que derramó el vaso, fue cuando fingió una súbita indigestión.

Abigail le chasqueó los dedos e increpó:

—Préstame atención, Althea, por todos los cielos. Estoy hablando en serio.

La joven dio un respingo y miró a Abigail. Necesitaba que su madre comprendiera, no era fácil lo que pedía, y puntualizó:

—Usted no tiene que olerle el aliento a huevo podrido a ese señor, madre. Es insoportable y no para de hablar.

Abigail no respondió enseguida. Un lado de ella entendía a su hija, pero se encontraban en un punto crítico. Debían ser prácticas, debían sobrevivir. Tía Mimi no viviría para siempre.

—Pues tendrás que soportarlo. Dios santo, todo esto es culpa de tu padre, no debió malcriarte tanto, eres demasiado impulsiva e irreflexiva. Comprende la gravedad de nuestra situación, lord Durrington es el único que mostrado interés en ti... Sé que la diferencia de edad es considerable...

Con tan solo pensar en la «diferencia considerable», a Althea se le desfiguraba la cara, tal como en ese momento.

—Tiene cuarenta y cinco, madre. La diferencia es aterradora. Podría ser mi padre.

—No tienes alternativa, es un marqués y ostenta una muy buena posición. Deberías agradecerlo, es tu segunda temporada y no puedes perder tu oportunidad, o el próximo año te aseguro que no tendrás propuestas de matrimonio, solo recibirás alguna para ser la amante de alguien... Si es que te consideran incluso para ser la querida de un aristócrata. De ti depende que no nos hundamos en la miseria...

Althea cerró los ojos. Su madre tenía razón, se les estaba acabando el tiempo. Vivían con la tía de la condesa, Mimi, la baronesa viuda de Whittlebury. La mujer tenía noventa años y una lucidez que ya quisiera un jovencuelo de cincuenta. No obstante, Abigail y Althea creían que, de un momento a otro, la tía abuela iba a dar su última exhalación por causas naturales.

Y si eso sucedía, estarían perdidas. Ambas mujeres estaban a la deriva.

Althea, gracias a Mimi, recién pudo debutar a los veintiún años, con la esperanza de lograr un enlace conveniente, incluso a tan avanzada edad. Sin embargo, su dote era una miseria y tampoco ella cumplía con los cánones de belleza imperantes en la sociedad. Demasiado baja, tanto que parecía una niña de trece años, y excesivas curvas en tan poco cuerpo. Y por más que su belleza estribara en sus notables ojos verdes que contrastaban con sus cabellos negros, no resaltaba entre esas beldades espigadas y de porte señorial.

A sus espaldas decían que estaba a un suspiro de parecer una vulgar vendedora de manzanas, solterona, vieja y regordeta.

Althea soltó un suspiro de resignación y claudicó:

—Intentaré no respirar si él me pide un baile.

Abigail sonrió, pero en su expresión se reflejaba la angustia mezclada con el alivio.

—Bien, sabía que podías ser razonable.

Abigail tomó de los hombros a su hija y le besó la mejilla con un punto de desesperación. Althea, envarada, tensó una sonrisa al ver cómo su madre lanzaba una mirada de reojo a la sencilla cadena de plata que colgaba de su cuello. Estaba segura de que le recordaba los tiempos dorados y prósperos, a esas joyas que ya no podían usar. Althea sentía en sus hombros el peso de lo perdido.

Todo lo que quedaba era un título inútil, sin futuro y una montaña de deudas que ni la más conveniente alianza podría pagar. Esas mismas deudas que persuadieron a su primo de no tomar el condado, y dejarle esa carga a algún descendiente que quisiera cometer aquella locura en un futuro más que lejano.

Althea suspiró. Necesitaba unos minutos para reunir valor y enfrentar a lord Fetidez.

—Solo deme un ratito para poder ir al... ya sabe... bebí demasiada limonada.

—Está bien... Ten cuidado de no meterte en problemas, últimamente ese estúpido pasquín ha estado pendiente de todo lo que haces. Recuerda, debes ser discreta y modesta, silenciosa y servicial. A los hombres no les gusta a las mujeres llamativas. —Althea puso sus ojos en blanco... para sus adentros. Por fuera mantenía una sonrisa de falsa sumisión—. Mientras tanto, buscaré a lord Durrington.

Althea asintió. En cuanto lady Tisbury le dio la espalda, la sonrisa se esfumó.

Soltó el aire de los pulmones y su postura se desplomó.

Los ojos de Althea se anegaron en ardientes lágrimas, pero se negó a llorar. Se mordió el dedo índice para que el dolor fuera más fuerte y mitigara la terrible sensación que la abrumaba cada vez que pensaba en la hipotética noche de bodas con lord Durrington. Una letanía frenética invadió su mente: la vida no era más que un juego, debía ganar si quería sobrevivir...

Pero no estaba segura de querer pagar el costo.

Sí, sabía a la perfección lo que pasaba en la noche de bodas. La tía abuela tenía libros picantes escondidos en su biblioteca y los leyó por accidente.

Bueno, ni tan accidente.

Y tan solo imaginar que su vida sería así hasta la muerte, con lord Durrington encima de ella, dentro de ella, con ese hedor envolviéndola... Ahogándola.

Althea se sacudió el escalofrío que la tomó por asalto. Inspiró profundo, llenando sus pulmones con el fresco aire primaveral, y se abanicó la cara con las manos para disipar la humedad de sus ojos.

No sabía qué hacer, y tampoco quería aceptar que no había más alternativas. En el fondo, sentía la absurda esperanza de encontrar algo mejor.

La realidad no colaboraba. Por eso mismo, optaría por ser una ilusa hasta llegar al altar.

—Oh, preferiría casarme con un canalla antes que con un viejo que huele a queso rancio —pensó en voz alta. Alzó su dedo índice—. No pido tanto, un canalla que tenga buen aliento, que sepa administrar su dinero y no me deje arruinada y llena de niños.

De súbito algo en el aire cambió, no era solo el aroma a rosas que inundaba el jardín que circundaba la terraza. Una voz se cernió sobre ella como una sombra, grave y burlona, y rompió el silencio.

—Entonces, cátese conmigo.

Althea conocía esa voz profunda y sedosa, pertenecía al anfitrión del baile, James Cameron, conde de Wexford. Al inicio de la velada, cuando él las recibió junto con la condesa viuda, a ella casi se le salieron una ristra de inapropiados elogios para esa voz.

Le produjo un escalofrío, y no uno de miedo.

Dio media vuelta. Miró hacia arriba.

Alto, tan alto...

Esos ojos oscuros brillaban con un destello guasón, los que contrastaban con la severidad de sus facciones cinceladas en granito.

Contra toda norma social, —en la que un caballero no debía estar a solas con ninguna señorita decente que se precie de tal—, Althea replicó, desenfadada:

—Mire qué propuesta tan descarada. Aunque usted y yo quiéramos, su madre no lo aprobaría, milord... Para ser más precisa, ella no me aprobaría.

James parpadeó y alzó sus cejas, sorprendido. No esperaba que la dama le siguiera el juego, y menos que le diera esa insolente respuesta. Por lo general, cuando les dirigía la palabra a las jovencitas, ellas apenas levantaban la mirada, balbuceaban alguna excusa y huían como alma que lleva el diablo.

Esa dama, aparte de responderle, puntualizaba una ridiculez del tamaño del coloso de Rodas. Aquella afrenta no debía quedarse sin consecuencias. James entrecerró los ojos, agravó más su voz —si eso era posible— e interpeló, letal:

—¿De dónde sacó semejante estupidez? Mi madre no controla mi vida desde que cumplí doce años.

Althea parecía inmune a ese viril gruñido y repuso:

—Pues todo el mundo piensa lo contrario. —Ladeó su cabeza—. ¿Acaso no ha leído ese pasquín?

La distancia entre las cejas de James se redujo a la más mínima expresión.

—¿De qué pasquín me habla?

—El *Susurros de Elite*, no hay un alma en Londres que no lo conozca. —Una sonrisa arrogante se asomó en los labios de Althea—: Con todo respeto, pero ¿dónde ha vivido los últimos meses?, ¿debajo de una piedra? —Y alzó una ceja con evidente desdén.

—Estuve en Bilbao, visitando a la familia de mi madre —respondió por pura inercia. James no estaba acostumbrado a que una dama le hablara de esa forma. Menos aún, una que, con una simple oración, lograra desarmarlo y hacerlo sentir como un idiota... Era algo que no pensaba dejar pasar. Decidido a devolver el favor, añadió en español—: *Y usted es una pequeña impertinente deslenguada.*

Ante esa ristra de palabras ininteligibles, Althea entrecerró sus ojos. Curiosidad e indignación se mezclaron en su voz cuando interrogó:

—¿Cómo dijo?

—Averíguelo... —Althea entreabrió su boca, mas ninguna réplica salió. Lord Wexford inclinó su cabeza hacia un lado—. Cuando llegó al baile con su madre, usted aparentaba ser más comedida y recatada. Debo reconocer que es una muy buena actriz. Ha sido todo un descubrimiento ver que es una damita impetuosa y mordaz.

Althea sintió que su piel se tiñó de un carmín intenso y explosivo. Dio un pisotón poco femenino y se tapó la cara.

—¡Oh, que me parta un carruaje! ¿Por qué siempre lo arruino? —Se destapó el rostro y miró a James con ojos suplicantes—. No se lo diga a nadie, milord, se lo imploro.

James boqueó como pez. No sabía qué le había quitado el habla, la reacción de la dama, o ese par de ojos grandes que parecían más verdes que hacía cinco segundos.

Parpadeó y encontró su voz para interpelar:

—¿Qué?... ¿Qué cosa arruina?

La intensidad de esa mirada esmeralda se apagó y una triste resignación engalanó su expresión.

—Fingir soy una candidata apropiada... —Compuso una sonrisa afligida—. Si me disculpa, tengo que ir a atrapar un marido que no quiero... y que todos aseguran que necesito.

Althea hizo una reverencia apresurada, y se marchó. Sus pasos repiquetearon e hicieron eco en aquella terraza, dejando a James desconcertado.

Una extraña sensación se instaló en su pecho. Se cruzó de brazos y miró el firmamento cuajado de diminutos diamantes.

Una estrella fugaz dejó su esplendorosa estela.

Mientras la observaba, una sonrisa amarga surcó el rostro de James.

«Deseo que esa dama fracase en su misión», pensó. Le sorprendió que la voz en su cabeza sonara con más ímpetu de lo que se propuso. Había algo en ella que lo irritaba e intrigaba a partes iguales, y más de lo debido.

No quiso imaginar a esa joven enjaulada en un matrimonio infeliz.

